

Aki Shimazaki

UNA JOVEN EN TOKIO

No-no-yuri

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

AKI SHIMAZAKI
UNA JOVEN EN TOKIO

No-no-yuri

Traducción de Patricia Orts

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *No-no-yuri*

1.ª edición: abril de 2025

© Actes Sud, 2022

Traducción: © Patricia Orts García, 2025
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-609-8
Depósito legal: B. 3.986-2025
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



El coche desciende por una cuesta. Los faros iluminan la carretera sinuosa y cubierta de hojas caídas.

O. y yo acabamos de cenar en un restaurante situado en la cima. Hemos comido unos filetes deliciosos acompañados de un exquisito vino tinto chileno mientras escuchábamos música de piano. El restaurante se llama No-no-yuri. Dado lo rústico del nombre, «Lirio del Campo», me ha sorprendido su calidad. Mecida por una brisa suave, he bebido más de lo habitual. Mi amante ha elogiado la belleza de mi rostro y la elegancia de mi atuendo: una blusa plisada y una falda larga de muselina. También le han cautivado mi broche y mis pendientes de rubíes verdes, auténticos, que compré en una famosa joyería de Ginza.

Avanzamos envueltos en la oscuridad. No nos cruzamos con nadie. Esta no es la carretera por la que hemos venido. ¿Dónde estamos? Siento un poco de miedo. Pasado un momento, veo un panorama de To-

kio a través de los árboles desnudos. Las luces resplandecen hasta donde alcanza la vista. Entonces O. se detiene.

—¿Te gusta, Kyoko?

—Sí, es magnífico.

Mientras observo el paisaje, pienso en las metrópolis que adoro: Nueva York, Los Ángeles, Londres, Moscú, París, Roma... Uno de mis mayores placeres es cenar contemplando la ciudad por la noche. Debido a mi trabajo, voy con frecuencia al extranjero. De hecho, estoy deseando que llegue el momento de hacer mi próximo viaje.

Arrancamos de nuevo. El camino se vuelve abrupto y O. se concentra en la conducción. Todavía aturdida, observo su perfil. Tiene rasgos regulares, y me gusta sobre todo su nariz recta. Esta noche, antes de ir al restaurante, hemos hecho el amor en un *love hotel*.* Parecía muy excitado, a diferencia de mí, que me he mostrado más bien desapasionada. Hace siete meses que salgo con él. Me pregunto durante cuánto tiempo seguirá siendo mi amante. Vuelvo los ojos hacia la ventanilla. Ya no se ve nada.

La pendiente es ahora menos pronunciada. Relajado, O. me habla de su jefe y de sus compañeros. Trabaja como ingeniero informático en un importan-

* Las palabras en cursiva aparecen agrupadas en el glosario que figura al final de la novela.

te banco. Me limito a decir «¿Sí?» o «¿Ah, sí?» o «No lo sabía». No quiero ser una maleducada. Él sigue charlando de buen humor.

—¿Te llevas bien con tu jefe estadounidense?
—me pregunta de pronto.

—Sí, muy bien. ¿Por qué lo dices?

—Sabes de sobra por qué.

Le intriga la relación que puede existir entre un director y su secretaria, dado que están en contacto cada día, y que incluso viajan juntos.

—Es un hombre respetuoso —le contesto—. No hay nada entre nosotros. Nuestra relación es estrictamente profesional.

—¿Cómo puede permanecer impassible al lado de una mujer tan guapa y sexi como tú? —insiste, poco convencido—. ¿Acaso es homosexual?

—No lo creo. Está casado y tiene dos hijos. Conozco mucho a su mujer, que también es estadounidense. Parece una pareja muy unida.

—Sea como sea, tengo celos de él.

—¿Y eso lo dices tú, que estás casado? —le pincho.

—Casado o no —se defiende—, es imposible reprimir los sentimientos y el deseo. Uno de mis amigos se ha divorciado para casarse con su secretaria.

—Supongo que su matrimonio ya hacía aguas —comento—. Mejor que lo haya dejado, en lugar de seguir con el adulterio.

—¿Me estás diciendo que me divorcie?

—No, en absoluto. Al contrario, te aconsejo que no descuides a tu mujer, ya que aún la quieres. Tenéis un hijo. Si descubre que le eres infiel, te echará de casa.

Él calla. En una ocasión vi una fotografía de ella. Según me ha contado O., su mujer jamás ha trabajado, pero cocina bien.

—Si me pone de patitas en la calle —murmura—, me instalaré en tu piso...

—No tengo sitio para ti, lo siento. Me encanta vivir sola. Y no cocino para nadie.

—Sé amable conmigo, Kyoko, estoy muy enamorado de ti. Dime la verdad, ¿qué relación tienes con tu jefe?

Su insolencia me deja pasmada. Mi jefe está en Boston con su mujer desde hace cuatro días. Regresará a Tokio dentro de tres.

—No hay nada entre los dos —repito—. No siento nada especial por él.

—¿Cómo puedes estar segura de eso? —Luego se ríe. Vuelve a estar de buen humor. Después me anuncia—: Dentro de poco voy a tener que ir a Nueva York. Tenemos una sucursal allí.

La noticia me pilla por sorpresa. Mi empresa tiene la sede principal en esa misma ciudad.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Seis meses. Me voy dentro de tres semanas, a principios de enero.

—¿Con tu familia?

O. niega con la cabeza. Me explica que su mujer se quedará en Tokio con su hija, que está preparando el examen de ingreso en el instituto. Cuenta con que ellas vayan a verlo durante las vacaciones escolares de primavera.

—¡Podrás disfrutar de tu soltería en el extranjero!
—exclamo.

—Y tú, ¿me vas a echar de menos?

—Sí, claro —respondo mecánicamente.

—Sé que te encanta Nueva York, así que espero que me visites al menos un par de veces mientras esté yo allí.

—Si se presenta la ocasión, dalo por hecho.

Entonces me habla de sus proyectos profesionales. Ahora comprendo por qué esta noche estaba tan excitado en la cama. Pasado un minuto, arrima el coche al arcén y apaga el motor.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

Enciende una pequeña luz situada sobre nuestras cabezas.

—Escúchame, Kyoko. Sin ti, siento que mi vida está vacía. Incluso estoy pensando en divorciarme.

Evito mirarlo a la cara. Sin duda teme que me vea con otro hombre durante su ausencia. Me coge una mano.

—No soporto la idea de que otro toque tu cuerpo.
Intento desasirme.

—Espera —añade—, tengo algo que decirte...

De repente me estrecha entre sus brazos. Yo me quedo inmóvil. Pienso que le gustan las mujeres y las aventuras. ¿Cómo puedo creer en sus promesas empalagosas? Sea como fuere, no tengo ningunas ganas de casarme con él. Cuando por fin se calma, le pregunto:

—¿Puedes dejarme en la estación de metro más próxima?

—¿Por qué?

—Me apetece caminar un poco para despejarme. Ya son las diez. Tu mujer debe de estar esperándote.

—Cree que he salido con mis compañeros para celebrar mi traslado temporal a Nueva York.

Cuando insisto, él arranca el coche de mala gana.

Durante el trayecto escucho su parloteo en silencio. Llegamos a una estación de metro. Cuando me apeo del coche, me sonrío, afectuoso.

—¿Te ha gustado el restaurante No-no-yuri?

—Sí, mucho, a pesar de que el nombre es banal. El vino era delicioso.

—Entonces volveremos a cenar allí antes de que me marche.

—¿Por qué no?

Me encamino hacia la boca de metro sin volverme.

Llego a casa, un tanto desanimada, poco después de medianoche.

Tengo sed. Sin quitarme el abrigo, voy a la cocina y saco una botella de agua de la nevera. Me sirvo un vaso a la vez que observo la cocina eléctrica, que apenas utilizo. Sobre la encimera de al lado hay un microondas, una tostadora, un hervidor y una cafetera. O. nunca ha visto el interior del piso; tampoco lo ha visto ninguno de mis anteriores amantes.

Me pongo el camisón y me siento en el tocador. Me miro la cara en el espejo mientras me desmaquillo. La forma de mis ojos y de mis cejas es armoniosa. Mis rasgos son regulares, como los de O. Según él, tengo unos labios sensuales. Me acaricio delicadamente la tez, muy fina, sin arrugas ni manchas.

Tengo treinta y cinco años. Nadie me cree cuando lo digo. Mi hermana, dos años menor que yo, también parece joven para su edad. Tal vez sea ge-

nético. Aunque en todo lo demás somos muy diferentes.

Comparada conmigo, ella casi no ha estudiado y no es muy culta. Además, está divorciada y tiene un hijo; aún vive en la pequeña ciudad donde nacimos y apenas sale de esa remota región. Se dedica a la alfarería. Trabaja sola en su taller la mayor parte del tiempo. Ha dejado de preocuparse por su apariencia y no se maquilla, como si hubiera renunciado a su coquetería. Pero yo opino que no somos flores. Una mujer debe esforzarse por embellecerse hasta el día de su muerte. Mi hermana me inspira un poco de pena. ¡Sin viajes, aventuras ni estímulos intelectuales! Una vida totalmente vacía. En cualquier caso, la quiero y siempre trato de animarla a que disfrute de su soltería con un amante, tanto si está casado como si no.

Me cepillo con esmero la melena larga y lisa, como en el anuncio de champú que sale en la televisión. En el trabajo, me lo recojo en un moño para darme un aire más profesional. Además, el moño me sienta muy bien. Tarareo una canción popular estadounidense. De repente, veo unas cuantas canas sobre la frente, a la izquierda. No puede ser... Las cuento agitada. Una, dos, tres..., seis. Las arranco una a una.

¿Las habrá visto O. esta noche mientras hacíamos el amor? Espero que no. En todo caso, da igual, lo nuestro ya ha terminado. Le comunicaré nuestra ruptura la próxima vez que me llame. Me alegro de que

se vaya pronto a Nueva York, lejos de mi vista y de mi corazón. La ausencia de seis meses lo ayudará a olvidarme.

Todos mis amantes eran hombres casados, pero nunca he querido que se divorciaran por mí. Al contrario, yo los dejaba a la menor insinuación, como la que ha hecho O. esta noche. Eso no va a cambiar. Busco hombres que estén contentos con su matrimonio. Evito a los que se quejan de sus esposas. Esos que repiten a sus amantes: «Te prometo que me separaré de mi mujer. Espera un poco más». Es un cliché repugnante. Me gustaría gritarles: «¡Qué cobardía! ¡Divórciate en vez de lloriquear y hacer falsas promesas!».

Sea como sea, el matrimonio no está hecho para mí, y tampoco vivir juntos. Cuando ya llevo aproximadamente un año con un hombre, empiezo a aburrirme. Solo quiero un compañero con quien pasar unas horas agradables, a ser posible, una vez por semana. Esa ha sido mi costumbre desde que era estudiante.

Elijo a hombres que visten con elegancia. Y que les guste salir a cenar. Y pasear en coche. Para descansar o dormir, suelo ir con mi pareja a un *love hotel*. A menudo quedamos en el extranjero. Cada uno paga lo suyo. No nos intercambiamos regalos. Así evitamos las complicaciones cuando nos decimos adiós. Es un acuerdo tácito entre nosotros.

Vuelvo a mirarme el rostro. Mis rasgos revelan cier-

ta fatiga. Tengo la impresión de haberme echado unos años encima. Eso me asusta. No temo la muerte, pero no soporto la idea de envejecer. No quiero vivir teniendo que apoyarme en un bastón ni postrada en una cama. Mejor irse antes.

Decido acostarme. Con los ojos cerrados, pienso en el día siguiente. He planeado ir al distrito de Ginza. Voy a comprarme una blusa, unos pantalones, lencería y algunos complementos en mis tiendas favoritas. Toda mi ropa es de la mejor calidad. Muy cara, por descontado, pero eso no me importa, porque gano un buen sueldo.

Bostezo. Me duermo mientras me imagino caminando por una calle elegante y concurrida.

Clic-clac, clic-clac, clic-clac... Los tacones altos resuenan en la acera. Mi larga melena negra ondea al ritmo de mis pasos. El maquillaje refinado, la ropa de tonos sofisticados, el bolso y los zapatos de piel de color ébano. Los hombres se vuelven para mirarme cautivados. Un caballero encantador se detiene y me sonrío con aire seductor. Me atrae. Me dirijo a él mentalmente: «Señor, ¿está usted casado? ¿Lleva una vida feliz? Si es así, será mi próximo amante».